

**Los chalecos amarillos: una nueva crisis en el
centro de la economía-mundo capitalista**

*Yellow vests: a new crisis in the center of the capitalist
world economy*

Marcos Hernández
Nucamendi

Resumen

A partir de la irrupción que supuso el movimiento de los gilets jaunes en Francia —en el centro de la economía-mundo capitalista—, se desarrolla una aproximación teórica al momento histórico de la globalización —en su faceta neoliberal—, justo donde se inserta la potencialidad revolucionaria —en tanto se habla de dos legitimidades antagónicas— de un movimiento como el de los chalecos amarillos, uno que negándose a ser capturado por las estructuras políticas, se manifiesta como un elemento más de la crisis actual del sistema.

Palabras clave: Chalecos Amarillos, Gilets Jaunes, Neoliberalismo, Globalización

Abstract

From the irruption that supposed the movement of the gilets jaunes in France —in the center of the capitalist world-economy—, a theoretical approach to the historical moment of globalization —in its neoliberal facet— is developed, just where the Revolutionary potentiality is inserted—as we refer to two antagonistic legitimacies— of a movement such as that of yellow vests, one that while refusing to be captured by political structures, manifests itself as another element of the current crisis of the system.

Key words: Yellow Vests, Gilet Jaunes, Neoliberalism, Globalization

Introducción

*«J'accuse ce système!
Qui engraisse les riches et qui affame les pauvres.»*
“¡Yo acuso a este sistema!
Que engorda a los ricos y mata de hambre a los pobres.”
—Slogan de los gilets jaunes,
en referencia al J'accuse de Zola de 1898

“El neoliberalismo es una construcción política del capitalismo”, decía la ex presidenta argentina, Cristina Fernández (2018), en el Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico celebrado en la ciudad de Buenos Aires, desde donde hizo implosión, en diciembre de 2001, lo que David Harvey (2016) considera “un proyecto político llevado a cabo por la clase capitalista corporativa”, una que no dudó en emparentar la crisis real del Estado de bienestar con la del Estado desarrollista, aunque ambos tuviesen objetivos distintos.

“Otra vez, bajo la envoltura de novedad o modernidad, el método que ha sido propuesto por [el presidente] Emmanuel Macron no tiene otro objetivo que el de servir a los intereses del neoliberalismo”, se lee en el apartado de la Confederación General del Trabajo (CGT) de Francia para el libro conjunto: Claves para entender a los chalecos-amarillos (2018), a propósito del movimiento que ha acaparado la agenda mediática internacional en meses recientes, uno que habiendo pasado su etapa de redefinición política, dirigía sus energías contra las medidas de austeridad impuestas en el seno de un sistema cuya burbuja financiera-soberana hizo explosión una década atrás, para luego abogar por mecanismos de participación directa y finalmente, un cambio de timón en materia de política económica.

La intención del presente artículo de investigación no es otra que la de exponer, a través de una modesta descripción teórica y utilizando el caso de Francia —desde el Mayo francés hasta las movilizaciones de los gilets jaunes—, que el neoliberalismo

como construcción política se niega a desaparecer tanto en la periferia como en el centro del sistema-mundo, tanto en Argentina, Colombia o Brasil —en su faceta neoconservadora—, pero sobre todo en la Francia de Macron, que hasta hace poco se alzaba como el referente de estabilidad política ante el avance de la ultraderecha y la desintegración comunitaria iniciada con el Brexit en Reino Unido.

Un enemigo en común

A pesar de la actual crisis sistémica, la clase capitalista corporativa de la que habla David Harvey continúa su proyecto político, capturando hasta las propuestas más progresistas; basta ver los resultados de la consulta a modo para legitimar el Proyecto Integral Morelos (PIM) en México a inicios de este año, a pesar de las denuncias de falta de información y el asesinato de uno de los líderes del movimiento opositor —días antes de realizarse el ejercicio electoral—, o en Grecia en 2015, con el revés de la izquierda institucional al resultado negativo del referéndum a la propuesta de rescate de la troika europea.

El modelo neoliberal, impuesto con mayor fuerza tras el colapso de los socialismos reales, ante el vacío ideológico y la creciente competencia de las economías asiáticas, fracasó al cambio de milenio, de ahí que a través de foros mundiales se siga construyendo lo que Boaventura Dos Santos (2018) llama Epistemologías del Sur, es decir, conocimientos transversales surgidos de la lucha colectiva —que no individual— contra el neoliberalismo, hoy más que nunca necesarios para resistir las consecuencias del giro conservador —neofascista en el caso de Brasil— en la periferia del sistema-mundo, único lugar desde donde puede hacerse frente a las prácticas sistémicas capitalistas, coloniales y patriarcales que nos niegan la posibilidad de existir, según la tradición decolonial.

En Argentina, donde no sólo colapsó el consenso neoliberal aplicado a la periferia, sino que también se detuvo el intento por extender un acuerdo de libre comercio a escala continental, se dieron cita, durante el foro, antiguos expresidentes, intelectuales, activistas y en general, fuerzas progresistas de América Latina y el mundo. Eventos de esta magnitud crítica empiezan a ser tímidamente ensayados por los países europeos que sufren las medidas de austeridad de la troika (FMI, Comisión Europea y Banco Central Europeo) —impuestas o normalizadas—, sin embargo, haciendo uso del concepto de la traducción sobre el que trabaja Dos Santos, este artículo intenta ir más allá de las diferencias entre el centro y la periferia, que permean una vez levantadas las jerarquías, para saber lo que hay en común entre las luchas que tienen bien identificado —en menor o mayor grado—, al neoliberalismo como su enemigo natural, común a las partes.

Una vieja respuesta a crisis estructurales

El neoliberalismo, cabe recordar, es ante todo una respuesta pragmática a problemas coyunturales: para romper la espiral inflacionaria que genera malestar y bajo la tesis de sobrecarga del estado de bienestar, se hacía explícita la necesidad de sanear las cuentas públicas y atraer inversiones privadas, reconociendo la interdependencia respecto a otros actores económicos como empresarios y banqueros —calificadoras más tarde—, así como organizaciones internacionales supranacionales, quienes ocuparían los vacíos que poco a poco fue dejando el desvanecimiento del alcance estatal (Calonge, 2017).

Así pues, comienza a esbozarse una gobernanza que trabajará bajo una lógica utilitaria, atendiendo una crisis a la luz de la historia innegable —más no soluble unívocamente—, e incrementando la distancia entre los tomadores de decisiones y los

afectados por los actos de gobierno, al tiempo que equiparará a la sociedad civil con la actividad de los mercados, compartiendo el poder de las instituciones formales (Ibáñez, 2012; Calonge, 2017).

El diagnóstico del llamado Consenso de Washington, conviene apuntar, sugería que la inflación era sólo el síntoma de una enfermedad: el gasto público descontrolado del centro del sistema-mundo; en la periferia, los rastros desarrollistas o de planificación económica que supusieran una alternativa. Asimismo, sostenía que la intervención del Estado no sólo generaba inflación, sino que frenaba el crecimiento económico y con ello, la posibilidad de verdadera libertad y realización individual, adelantando el carácter moral del neoliberalismo.

Sin espacio para desarrollar todos sus elementos, la receta del Consenso —que luego haría suya el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Moreno, 2001), así como la *troika* europea tras la crisis de 2008-2009—, exigía de los Estados disciplina fiscal, reordenamiento de las prioridades del gasto público, reformas fiscales, una tasa de cambio competitiva, la liberalización del comercio internacional, las tasas de interés y la entrada de inversiones extranjeras directas, así como privatizaciones, la desregulación de los mercados y la garantía de los derechos de propiedad.

David Harvey (2007) sostiene como tesis principal, en relación con el punto anterior, que el neoliberalismo fue la respuesta de las clases dominantes a la drástica reducción de las tasas de acumulación del capitalismo de la posguerra en la década de los 70, que hasta entonces había funcionado con modelos keynesianos en los países del centro, y variaciones desarrollistas en la periferia.

El ascenso de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Reino Unido —teniendo como antecedente experi-

mental al Chile de Pinochet—, comenzarían una serie de ajustes estructurales por todo el mundo. Las consecuencias son de sobra conocidas: el enriquecimiento de las élites, la desindustrialización de las economías, el impulso de las actividades especulativas, inflación y fuga de capitales, la desigualdad abismal entre los quintiles, y en algunos casos, el avance de la agenda conservadora impulsada desde las academias, los centros de investigación, las multinacionales, las instituciones religiosas y los medios de comunicación (Romero y Becerra, 2018).

Sobre ello trabaja Fernando Escalante (2015), al asegurar que el mercado, visto por sus teóricos e impulsores más notables, no sólo es “el mecanismo más eficiente, es también moralmente superior”. La receta neoliberal, concluye, “proponía reemplazar la cultura de la dependencia (...) por una cultura empresarial”, donde primase la iniciativa individual, la independencia y la responsabilidad; en otras palabras, la fe en la magia de los mercados (Sader E., Gentili P., 2003).

“El objetivo es cambiar el corazón y el alma de la gente” decía Thatcher, al grado que fenómenos como la inseguridad, la incertidumbre y la pobreza dejaran de considerarse males a combatir para convertirse en estímulos para mejorar y superarse. “Si desaparece ese horizonte de penuria, no habría iniciativa, ni esfuerzo ni creatividad”, resume Escalante.

La globalización neoliberal

A decir de Immanuel Wallerstein (2001), lo que hoy se conoce como globalización —en su faceta neoliberal—, no son más que los últimos eslabones de una larga cadena que se remonta al inicio del capitalismo y el pensamiento modernos, cuando se intentaba controlar con todas las fuerzas de la razón instrumental a la naturaleza.

Según el autor, debemos rastrear el fenómeno hasta finales

del siglo XV, cuando el centro de la economía-mundo europea comenzó a sustraer el metálico de las colonias americanas; y posteriormente, a raíz de las primeras revoluciones burguesas y la revolución industrial del siglo XVIII, en el momento en que éste se profundiza. Se trata de un “doble proceso de creación económica del mercado mundial capitalista y de la universalización civilizatoria”, señala por su parte Carolos Aguirre Rojas (2003).

El comercio trasnacional, uno de los avatares librecambistas actuales, tendría entonces sus orígenes en el siglo XVI, una vez que el mundo se redondeó geográficamente. Los imperios empezaron a competir por la adquisición de nuevas colonias y el control de las rutas, definiendo los términos desiguales de intercambio y globalizando la producción y el comercio en los centros y las periferias del sistema-mundo.

Las ideas, los hábitos, las costumbres y las modas que supestantemente circulan planetariamente, por otro lado, también se globalizaron siglos atrás: el chocolate, el café, el alcohol, el francés, el socialismo, podían trasladarse sin mayor problema a cualquier punto del planeta con mínima infraestructura, aunque limitándose a ciertos sectores.

Sin una perspectiva de larga duración, uno pensaría entonces que la globalización es en efecto un sistema nuevo al que todavía le queda suficiente combustible y, sin embargo, resulta ser que no recurre a otras herramientas que no sean variaciones de tendencias de siglos previos, impulsadas ciertamente por el desarrollo tecnológico sin igual de las últimas décadas. Más preocupante aún sería darle vida artificial al sistema, después de haber sufrido sus mayores trastornos en 1968 (cultural), 1989-1991 (ideológico), 2001 (seguridad), y 2008-2009 (económico).

Situados en esta fase crítica del capitalismo mundial, es recu-

rrente que las Relaciones Internacionales problematicen sobre el futuro del Estado de bienestar y desarrollista —su mantenimiento y alcance—, el posible colapso del comercio internacional —sujeto más que a leyes del mercado, a las decisiones estatales que arrastran consigo a las periferias—, los mercados financieros —inciertos dado su carácter especulativo—, la seguridad alimentaria —la indigestión de unos en detrimento de la hambruna de otros—, y el cambio climático.

No obstante, considerando que el riesgo es inherente al sistema capitalista mundial, la hiperglobalización que vivimos hoy en día contribuiría a hacer de la incertidumbre una *commodity*. Las multinacionales, ejemplificando el punto anterior, fragmentan su cadena de valor en diferentes partes del mundo, buscando instalarse en países con regulaciones limitadas y bajos salarios, donde la legalidad diluida proporciona oportunidades para la acumulación; bajo otros esquemas de negocios, se apuesta más por la especulación que por la producción sostenible, obteniendo ganancias inmediatas que a larga imposibilitan el funcionamiento del sistema, de nueva cuenta, aprovechando los huecos de legalidad que el mundo financiero, escasamente regulado, tolera.

Moisés Naím (2006), a propósito de este periodo de hiperglobalización neoliberal, recuerda que los cambios tecnológicos más recientes han reducido los tiempos y los costos significativamente, a la vez que han incrementado los flujos internacionales de bienes y capitales. Pese a ello, también ha dado lugar a cambios menos alentadores como la internacionalización del crimen organizado, incluyendo el aumento de su capital económico y político. Las fuerzas que sirven de motor a la globalización —y a la ola de supuestos beneficios socializados—, expone Naím, impulsan en la misma dirección a las redes mundiales de contrabandistas, potenciando la delincuencia y debilitando a los organismos trasnacionales encargados de combatirla.

El exponencial crecimiento de la movilidad internacional de bienes y capitales, en ese sentido, no ha hecho más que facilitar el comercio ilícito a grandes distancias, ya sea físicamente o a través de los flujos financieros internacionales que blanquean el dinero negro, y que son depositados en grandes paraísos fiscales, aprovechando la separación de los mercados en estados soberanos con fronteras que si bien son porosas a la entrada de lo ilícito, son rígidas a la fiscalización internacional.

El crimen organizado, como producto de la globalización neoliberal, ha transformado el mundo a tal punto que se construyen o destruyen carreras políticas, se capturan servicios públicos —privatizándolos—, se asolan o desencadenan expansiones económicas, se desestabilizan o financian gobiernos corruptos, o se extraen ilimitadamente recursos escasos. Así como surgen nuevas gamas de smartphones en el comercio legal, aparecen también nuevas líneas de negocio ilícito como los medicamentos, las armas cortas, el *know how* nuclear, la radicalización ideológica e incluso la vida misma.

Las contradicciones sistémicas

La globalización, vista como un proceso de larga duración y en concreto, el desarrollo del capitalismo en sus fases extractiva, industrial y financiera —con sus correlatos políticos llamados colonialismos y neocolonialismos—, dejó establecidas las condiciones del actual estadio del sistema-mundo, uno donde la palabra crisis se asoma en cualquier análisis serio de las Relaciones Internacionales.

La crisis actual, separada de los periodos de estancamiento que desde los años 70 se han venido sucediendo y que no son más que mecanismos de limpieza naturales, se debe a que ha llegado un momento en que las contradicciones del sistema histórico capitalista, son insostenibles: la irracionalidad de la pro-

ducción, la injusticia distributiva, la represión o el retroceso social intencionado hacia las clases intermedias, la presión ecológica, y las brechas económicas y demográficas crecientes entre Norte y Sur (Wallerstein, 2003).

La longevidad de la economía-mundo capitalista es de por sí extraordinaria, pero ante la agudeza de las contradicciones y la ampliación de las fluctuaciones —crisis económicas profundas—, se asoma una vez más, una época de caos sistémico donde la palabra crisis ya no es impronunciable (Wallerstein, 2004). A pesar de ello y en medio de esta crisis que ya adelantaban los analistas en 1968, la economía-mundo capitalista sigue su propia lógica interna y, por lo tanto, se desarrolla y tiene éxito —en sus términos, bajo sus parámetros—, todavía (Wallerstein, 1999).

En otras palabras, si bien existe una crisis sistémica, la economía-mundo capitalista continúa extendiendo su lógica clásica: la invención constante de nuevos patrones de acumulación y nuevas formas de producción que, sin embargo, no podrán resolver la serie de contradicciones acumuladas en 500 años. En su desesperación, ayudada por la serie de cambios políticos y económicos de las últimas décadas, resucita y profundiza nuevos mercados que incluso actúan de forma ilícita o paralela al control de la gobernanza internacional.

En la línea de esta desmitificación de la globalización neoliberal, Paul Hirst y Graham Thompson (1996) sostienen que como sistema político, cultural, económico y tecnológico que crea nuevos mercados y riqueza sin precedentes, la globalización causa a su vez sufrimiento, desorden e inestabilidad, por lo que resulta necesario echar por tierra la serie de construcciones míticas creadas en torno a ella.

En sintonía con Wallerstein, aunque difiriendo en la edad, Hirst y Thompson aseguran que la globalización no es nueva,

tan sólo ha cambiado los productos que hace circular en la economía internacional: textiles por *smartphones*, actualizando la ejemplificación. En cuanto a la tesis de las multinacionales sin Estados rectores, explican que las matrices trasnacionales rara vez se mueven de lugar, vinculando regularmente sus operaciones a los intereses de los Estados de origen (Volkswagen: Alemania, Ford: Estados Unidos), incluso cuando se comparte la dirección (Shell: Reino Unido-Países Bajos).

Sobre la creencia extendida de que la globalización provee oportunidades de competencia para todos, reconocen que si bien es cierto que se crean oportunidades inimaginables, éstas nunca son para las mayorías: el TLCAN se aplicó en economías asimétricas; los países pobres e incluso los emergentes — invitados a selectos clubes e incluidos en construcciones nominales: BRICS—, no invierten con libertad, siendo en ocasiones presos de compromisos internacionales con instituciones financieras, supranacionales o bloques regionales.

En cuanto a la progresiva generación de homogeneidad que la propia palabra trae consigo, sostienen irónicamente que la uniformidad se presenta más bien en forma de desigualdad, pobreza y distribución del ingreso, pues la economía mundial está lejos de ser genuinamente global, con un grupo de países (G8-20, CS-ONU) que toman las decisiones por el resto del planeta.

Retomando una previa exposición sobre la autorregulación y el control de los mercados globales, reiteran que todo está controlado por los países desarrollados, a través de sus instituciones; las variables económicas, los organismos financieros y en general, la gobernanza económica del mundo, reflejan los intereses de las clases dominantes.

Finalmente, y a propósito de la idea de que la globalización neoliberal elimina las barreras entre los Estados, con miras a que en algún momento vivamos en una aldea global con reglas

claras y precisas, afirman que sucede justo lo opuesto: cada vez es más notoria la creación de barreras, en el seno de la economía-mundo capitalista inclusive: la crisis de refugiados, el Brexit, el avance de la ultraderecha o la propuesta para construir un muro entre México y Estados Unidos en términos más actuales. La globalización y la democracia de mercado no pueden ser, contrario a lo que nos habían contado, nuestra última referencia.

En 'Un mundo sin sentido', Zaki Laïdi (2006) asevera que la democracia de mercado fracasó pese a la victoria conseguida en la gran contienda ideológica que fue la Guerra Fría. Habiendo colapsado el otro gran sistema teleológico que fue el comunismo/socialismo y a decir de los intelectuales orgánicos del momento, habíamos llegado al fin de la Historia, a una nueva etapa a lo sumo caracterizada por choques civilizatorios/culturales que poco cuestionarían la nueva hegemonía. Habíamos alcanzado ese horizonte de sentido que suponía el triunfo de los Estados liberales, por lo que sólo restaba ampliar la democracia de mercado a todo el mundo.

Para ello se requería plantearla, ya sin participación de su parte antagónica, como el único sistema replicable y deseable. Su forma de captación no sería el discurso universalista de mediados de siglo XX sino uno totalizador, hegemónico y triunfante que ya ni siquiera se planteara caída posible alguna y cuya mayor fuerza propagandística, además de su ligero contenido conceptual, sería la falta de una contrapropuesta; si la había, bastaba con considerarla antidemocrática (dictaduras) para desestimarla como oposición formal.

La democracia de mercado no aspira, sostiene Laïdi, a un objetivo a futuro, no tiene un horizonte de sentido al cual llegar. No hay nada que lo movilice y no plantea cumplir expectativas paralelas, sólo confía en que la democracia y la economía de mercado, mediante su poder flexible, ayuden a reconfigurar

cualquier problema que pueda surgir en las sociedades contemporáneas, fruto del avance natural de las fuerzas liberales y el progreso tecnológico.

Esta forma de reestructuración y descentralización de la economía-mundo capitalista, increíblemente, ha sido muy eficaz. El ascenso y declive de las grandes potencias ha reproducido más o menos el mismo tipo de ascensos y declives del mundo empresarial: los monopolios se mantienen durante un tiempo, pero a largo plazo son minados por las propias medidas que alguna vez los sostuvieron; las bancarrotas o rupturas de los monopolios de poder se transforman en mecanismos de limpieza, liberando al sistema de las potencias cuyo dinamismo se ha agotado y reemplazándolas por sangre más fresca, agrega el autor.

Todos los sistemas, sean físicos, biológicos o sociales-culturales, dependen de tales ritmos cíclicos para restaurar un mínimo de equilibrio. La economía-mundo capitalista se ha mostrado robusta y ha florecido, incluso con exuberancia, durante aproximadamente 500 años, lo cual supone un periodo significativo para un sistema histórico. Llega un momento, sin embargo, en que las contradicciones propias del sistema se hacen más agudas, provocando fluctuaciones cada vez más amplias. La cuestión es si el sistema histórico que vivimos —la economía-mundo capitalista en su faceta de globalización neoliberal—, ha entrado o está entrando en una época de caos sistémico.

Zygmunt Bauman, en este sentido, menciona que aquellas políticas que en su momento crearon seguros comunitarios, mejor conocidos como los Estados de bienestar, están siendo, desde hace varios años, parcial o totalmente eliminadas por la feroz competitividad de los mercados internacionales (2009: p.24-25). Los Estados de bienestar, si bien son centralmente europeos y norteamericanos, fueron medianamente aplicados en forma, más no en espíritu, en América Latina y el resto del Tercer

Mundo.

Con ello se dio respuesta estructural —financieramente hablando inclusive—, desde el Estado, a una serie de “temores existenciales”; en el caso de Europa, surgidos tras la Segunda Guerra Mundial. A la par de los Estados de bienestar o Estados sociales, surgen otras formas de defensa colectiva, o hablando específicamente de los sindicatos —centro de los movimientos sociales del siglo XX—, de negociación colectiva; bastante deslegitimados hoy día e igualmente afrentados por las fuerzas del mercado que “erosionan la solidaridad de los más débiles” (p.25). De ahí que los individuos ahora deban buscar soluciones individuales, despojados de cualquier “seguridad existencial colectiva garantizada”, y centrándose únicamente, en su propia protección (p.26), en un mundo donde cada quien se salva como puede y en donde la incertidumbre y el descubijo sólo potencializan la desconfianza hacia el Otro.

Desconfianza proyectada por el mismo Estado y sus fuerzas de seguridad, una vez que su característica social ha sido abandonada y en cambio, se ha puesto en práctica, material y mediáticamente, lo que Hugues Lagrange llama ‘Estado penal’, es decir, un Estado que habiendo enterrado “las grandes ideas” de seguridad y bienestar colectivo, ya tan sólo se ocupa de criminalizar al ‘fantasma del miedo’, perfectamente identificado en grupos de población ‘peligrosos’ o ‘indeseables’: inmigrantes regulares o irregulares, comunidades religiosas, obreros, estudiantes, etcétera. Este afán de “centrar la atención en la criminalidad y en los peligros que amenazan la seguridad física de los individuos y de sus propiedades”, que se enmarca en el proceso de liberalización económica, hace que se sustituya a la solidaridad social, por la responsabilidad individual (p.29). Producto de una globalización negativa, la sociedad ya no se siente protegida por el Estado ni confía en él.

“Sin derechos políticos, la gente no puede estar segura de

sus derechos personales; pero sin derechos sociales, los derechos políticos seguirán siendo un sueño inalcanzable (...) una broma cruel” (p.94). Rastreados por Thomas Marshall a las normativas que restringían las arbitrariedades de los monarcas, los derechos personales fueron en un principio, el triunfo de la certidumbre de los que otrora fueran los receptores de los favores reales condicionados. Una vez adquiridos normativamente, sus derechos personales se tornaban inalienables, sólo progresivos. Es por ello que Bauman refiere que los derechos personales y políticos sólo pueden ser “reivindicados, conquistados y consolidados juntos” (p. 90).

1968, una primera crisis cultural

El movimiento estudiantil francés, es preciso aclarar, se incrusta en una revolución cultural mucho más extensa dentro de lo que Immanuel Wallerstein llama el sistema-mundo. La serie de “manifestaciones, desórdenes y violencia” globales que ocuparon las portadas de todos los diarios durante tres meses, estaban en principio dirigidas contra la hegemonía de Estados Unidos en el sistema —así como la conformidad de la Unión Soviética—, aunque de manera más pasional contra los viejos movimientos antisistémicos de la izquierda, a quienes les parecía irrelevante lo que aquellos que no hubiesen visto el rostro más cruel de una o varias guerras, quisieran expresar. En esencia se trató de un enfrentamiento generacional, continúa Wallerstein (1993: pp.97-100), recordando que la Primavera de Praga, del otro lado de la Cortina de Hierro, luchaba en nombre de un ‘comunismo humanista’ y contra la traición que suponía el estalinismo.

El Mayo francés debe situarse además en el contexto de un conflicto internacional en curso: la guerra de Vietnam, misma que dominaría la vida social y política tanto en Europa como en

Estados Unidos, donde en paralelo, siglos después de la abolición de esclavitud, y en medio de un proceso de descolonización en Asia y África, la Historia se sacudía nuevamente. Las tensiones y conflictos raciales no resueltos, además de las primeras olas migratorias desde las excolonias, mantenían ardiendo la hoguera esta revolución cultural del centro (pp.98-99).

Los estudiantes italianos, meses antes que sus homólogos franceses, transformaron una manifestación contra la guerra en Indochina en una amalgama obrero-estudiantil que derivó en huelgas generales que exigían mejoras en las condiciones de trabajo. En Berlín Occidental, bajo el mandato de las potencias aliadas, el atentado contra el representante más conocido del movimiento estudiantil desató una ola de protestas contra los grupos de presión y las instituciones estadounidenses; mientras tanto, en Londres, el agravante racial sobre las marchas contra la guerra Vietnam quedó de manifiesto en el discurso antiinmigrante del diputado conservador Enoch Powell (Le Monde, 2018).

De vuelta en Francia, todo comienza en Nanterre con el arresto de seis militantes del Comité Vietnam, perturbando la facultad hasta su cierre el 2 de mayo, lo que orillaría a los estudiantes a tomar por asalto el centro de París, haciendo de la *Sorbonne* y el Barrio Latino un auténtico laboratorio social. Los enfrentamientos terminarían con la llamada del general Charles de Gaulle a la disolución de la Asamblea Nacional, no sin antes poner de relieve que ninguna concesión es gratuita sobre todo cuando ésta proviene del poder, a quien le faltaba la imaginación de toda una generación capaz de expandir “el campo de lo posible”, dijera Sartre, quien, como Marcuse (1969), estaba sorprendido por las: “Motivaciones profundas de una lucha estudiantil que ataca no sólo a las estructuras de la universidad, sino a todo un orden social donde la prosperidad y la cohesión tiene por fundamento la incentivación de la explotación, la com-

petencia brutal y una moral hipócrita.” (p.57)

El filósofo mexicano de origen argentino, Enrique Dussel (2018), sostiene que, aunque loable en su ideario, su moral y sus alcances, el Mayo francés y en general todos los movimientos del centro durante el año de 1968, no se comparan con “las resistencias ejemplares” de la periferia del sistema, pues se trataba más bien de un “enfrentamiento democrático” como resultado de la primera crisis de la posguerra, cuando los hijos de la pequeña burguesía se animaron a salir a las calles pidiendo “lo imposible” y construyendo una revolución simbólica. Habiendo leído a Sartre o Marcuse, de forma crítica, se atrevían a desafiar al héroe de guerra construyendo una alianza obrero-estudiantil que no resistiría el fin del verano, pues los europeos todavía se manifestaban bajo un esquema eurocéntrico, muchas veces blanco, machista y ecocida.

El Mayo francés, advierte el autor de la ‘Filosofía de la Liberación’, dista mucho de ser una revolución cultural —como la entiende Wallerstein—, que llegase a transformar el mundo tanto como Tlatelolco, el cordobazo, el bogotazo o el caracazo, por ejemplo, pues no se presenta como una verdadera irrupción en el sistema. En una entrevista con motivo de los 50 años del Movimiento del 68 y América Latina, Dussell propone “ir más allá del mayo y llegar al octubre”, con la intención de reivindicar a los movimientos de la periferia, de “los condenados de la tierra” según Sartre, de “las exterioridades del ser” según Levinas, de los oprimidos del sistema, de las razas no blancas, de los no eurocéntricos, saliendo pues de la colonización epistemológica.

Sin embargo, hay algo que no considera en su análisis Enrique Dussell, y es la actual conformación de la sociedades europeas —en particular la francesa—, que pese a sus restricciones administrativas que dificultan y a veces imposibilitan la integración —como categoría burocrática, no cultural— de las olas migratorias, son un nuevo laboratorio: en donde los rostros de la

periferia se confunden con los del centro, haciendo imposible la indiferencia epistémica ante fenómenos como los *gilets jaunes*, una nueva respuesta al neoliberalismo; sí, desde el centro, pero con una clara veta intercultural, interracial y en algún sentido, cobijado por un entendimiento crítico sobre el neoliberalismo y el capitalismo de larga duración.

Los *gilets jaunes*, una nueva respuesta desde el centro

El movimiento de los chalecos-amarillos en Francia es justamente una nueva gran reacción, desde el centro, al modelo económico neoliberal mundial, a la lógica de un proyecto político elaborado por las clases dominantes que incluso tras la crisis de 2008-2009, se negaron a perder espacios de acción y acumulación, llegando a valerse hasta de maridajes con la ultraderecha en ascenso vertiginoso, expresión tangible de la crisis del sistema.

El caso, por sí solo, ha vuelto nuevamente la atención sobre Francia, donde un gobierno de centro emanado de una plataforma apartidista se hizo con el poder en oposición al proyecto de Marine Le Pen, uno con características nacionalistas, racistas y xenóforas más explícitas. Dos años más tarde y tras una serie de medidas de corte neoliberal, a pesar de la militancia socialista del presidente Emmanuel Macron, la gente —sobre todo personas que jamás se habían manifestado públicamente— tomó las calles de las principales ciudades del país para exigir en un principio el alto a la subida del impuesto a los carburantes, continuando a las pocas semanas con el objetivo exigir la dimisión del Jefe de Estado y más tarde, haciendo suyas algunas definiciones anticapitalistas.

La descripción de uno de los tantos eventos públicos en Facebook convocados para el mes de marzo pasado —y que chocaría con la Marcha del Siglo, por el clima—, recitaba:

Ante un hombre que nos ha despreciado, insultado y degradado, hemos decidido que no nos dejaremos. [Macron] va a descubrir el costo de atacar desde su palacio a estos ‘galos reaccionarios’ —como nos llama—, a aquellos que ‘no son nada’, a los analfabetos que reclaman el fin del empobrecimiento y la esclavitud del pueblo francés por el poderoso sector económico. Le mostraremos a qué se asemeja una verdadera ‘multitud odiosa’ —a la que siempre hace referencia— (comunicación personal, marzo 16, 2019).

Alejados de las grandes conversaciones teóricas y políticas, las crónicas periodísticas dan una idea de las condiciones subjetivas de los integrantes de las movilizaciones, quienes provienen de todas las coordenadas del espectro político. En *Libération*, Julie, una funcionaria pública responsable de diez personas, compartía con el diario los esfuerzos personales que realiza junto con su pareja para salir adelante mes con mes: “A los 35 años, gana 1.400 euros. Su acompañante 1.600 (...) pero hay que pagar el crédito de la casa (950 euros), seguros (150 euros), electricidad, calefacción, agua, internet, teléfonos, gas, impuestos, alimentos para los animales...” Al inicio de cada mes, resalta el título de la nota, cada uno comienza con una deuda de 500 euros, más 300 de la cuenta compartida. “Nos las arreglamos para salir (...) pero ya no hacemos nada”, se lamentan.

Este testimonio ejemplifica perfectamente el corazón del movimiento que se ha convertido en símbolo de exportación —el presidente Al Sisi, en Egipto, prohibió la venta de chalecos amarillos; en México, la derecha los utiliza como símbolo de oposición pero sin sus fundamentos—, enmarcado en un largo proceso de resistencia al proyecto neoliberal que comenzó en la periferia y ahora, nuevamente y con mayor fuerza —recordando el movimiento de ‘Los Indignados’ de 2011, contemporáneo de la ‘Primavera Árabe’—, se manifiesta en el centro del sistema-mundo.

El movimiento de los *gilets jaunes*, apunta el filósofo Patrice Maniglier (2019), es el primer movimiento social francés desde Mayo 68 —y el fin de la guerra en Argelia—, en demostrar un carácter esencialmente revolucionario, pues tenemos de frente a dos legitimidades sin posibilidad de conciliación: el poder constituido, parte de un proyecto hegemónico neoliberal, contra la determinación de una masa popular, cada vez más simpatizante de una alternativa anticapitalista, una que ya escapó a los intentos de captura ideológica por parte de la derecha internacional; incluso del asesor de la Casa Blanca, Steve Bannon, quien comparaba a estos “perdedores de la globalización” con la base electoral que otorgó el triunfo a Donald Trump en 2016 (Palombarini, S, Chingo J., 2019).

Emmanuel Macron, comenta Bernard Pudal (2019), rompió con la tradicional duplicidad retórica de los presidentes franceses —y de los mandatarios de los Estados sociales del centro de la economía-mundo en general—, al referirse a las clases populares como un grupo de “asalariados iletrados, receptores de ayudas sociales que cuestan un dineral, perezosos, cínicos, extremos, gente que no son nada, [y que no pueden] atravesar la calle para encontrar un trabajo”. El costo de no fingir que se les entiende, pero omitiendo sus reivindicaciones y, sobre todo, ignorando la dominación estructural de las que son objeto —continúa—, es el carburante que sigue dando vida a un movimiento que comenzó en otoño y un par de meses más tarde, venció al invierno.

Nada está garantizado, pero todo está abierto

La memoria colectiva es corta pero cuando se conjuntan una serie de agravios como durante las ‘terapias de shock’ del primer neoliberalismo, las demanda de chalecos rompe los stocks, poco importa el color o las consignas que se escriban en las es-

paldas de esas mayorías que se reconocen como no partícipes de las decisiones políticas que tienen como consecuencia única la profundización de un proyecto que ante todo, promueve la desigualdad, permitiendo que una pareja, en la plenitud de su vida, no tenga tiempo de recreación, tan sólo el preciso para completar los ingresos que les consientan llegar a fin de mes.

Es más, estos movimientos ponen en entredicho no sólo la lógica del neoliberalismo económico sino el carácter moral normalizado desde las academias, quienes no cesan de producir metodologías que intentan explicar el éxito o el fracaso de los países en razón de la fortaleza de sus instituciones (Acemoglu y James, 2012), o desde los organismos internacionales que miden el éxito o el fracaso a través de índices y esquemas comparativos (Banco Mundial, 2018), unos que pobremente reflejan la realidad de las calles y los espacios de pensamiento crítico, desde donde se seguirá buscando —sí, modestamente, sólo en ocasiones de forma llamativa, fosforescente—, otras alternativas a décadas de consensos.

En el marco del Gran Debate Nacional anunciado por el gobierno de Emmanuel Macron, y a decir de la encuesta publicada en marzo por Viavoice, 86% de los franceses piensan que hace falta “reorientar la política económica y social actual”, mientras que 78% se pronuncian a favor de la renovación de “las instituciones y la democracia” (L’Obs & AFP, 2019).

No es para sorprenderse tomando en cuenta que, todos los días, los portavoces del gobierno descalifican públicamente las multitudinarias manifestaciones y que, en vez de anunciar un cese a la represión que pueda ofrecer las condiciones mínimas para el gran debate, se ensayan incluso métodos de control sobre los manifestantes, llegando al delirio de utilizar agentes químicos —parecidos a los que permiten diferenciar los billetes falsos de los verdaderos— para marcarlos e identificarlos a la luz ultravioleta, hasta tres semanas después, sabiendo además en

cuál de los actos participaron gracias a los denominados Produits Marquants Codés o PMC (Jocard, 2019).

François Boulo (2019), portavoz de los gilets jaunes en Rouen y una de las caras más visibles del movimiento, es puntual en sus anotaciones:

¿El presidente de la República es consciente de que hace n'importe quoi (cualquier cosa) o es que se encuentra en la 4ta dimensión, sin piso fijo —porque al final sus amigos son la alta burguesía y no conoce nada más—, y no comprende el movimiento social e incluso popular al cual hace frente desde hace más de cuatro meses?”.

Ya lo decía Samuel Hayat (2019), encargado de investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS, por sus siglas en francés), en un artículo que vio la luz a principios de diciembre de 2018: “Nada está garantizado, pero todo está abierto”, en referencia a que el movimiento de los *gilets jaunes* —dentro de sus propias contradicciones, incluyendo el querer colocarse fuera del clivaje que representa la izquierda-derecha—, pudiese devenir en un movimiento de movimientos más profundos y radicales, en referencia a las demandas de democracia directa y la formación de comités populares de algunas comités locales de los chalecos amarillos en las primeras semanas de las movilizaciones. Tres meses más tarde, luego de actos ininterrumpidos cada sábado —y en vista de la repuesta violenta del Estado, que nunca pensó que el movimiento soportaría el invierno—, Hayat asegura: “Obtener la dimisión de Macron parece poco probable, es cierto. Pero los *gilets jaunes* están —tal vez— consiguiendo alguna cosa infinitamente más importante: cambiar a profundidad la sociedad y desencadenar dinámicas de emancipación que podrán desplegarse y transformar ‘el horizonte de los posibles’.”

Evocando a Slavoj Žižek, autodefinido pesimista que apuesta por el caos que puedan producir los populismos de derecha —

en el centro del sistema-mundo—, con la esperanza de presenciar algún día el surgimiento de una izquierda que supere la conformidad de administrar ya tan sólo la expansión ordenada de las conquistas sociales o sirviendo de tapón a movimientos mucho más violentos —culturalmente hablando—, la trascendencia de los *gilets jaunes* residirá en su capacidad para generar cambios más profundos que los que puede ofrecer una plataforma electoral progresista cercada por compromisos comunitarios (Syriza, Podemos, La France Insoumise), y en que su *tracce* (huella) no se desvanezca a las tres semanas sino que perdure en el tiempo, sin necesidad de luces ultravioleta.

Referencias

Acemoglu D. & James R. (2012). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity and Poverty*. NY: Crown.

Aguirre Rojas, C. (2003). *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*. México: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”.

Arrighi, G. (1999). *Una crisis hegemónica en: Dinámica de la crisis global*. México: Siglo XXI Editores.

Ballast (2019, Febrero 20). *Samuel Hayat : Les mouvement d’émancipation doivent s’adapter aux circonstances*. Recuperado de: https://www.revue-ballast.fr/samuel-hayat-les-mouvements-demancipation/?fbclid=IwAR12lfW9MXBILIVG57o8s_dRnDc8myNDw84Sk6wXs_L9gg7Odbf_VwPWJ9Q

Banco Mundial (2018). *Worldwide Governance Indicators* [base de datos]. Recuperado de: <http://info.worldbank.org/governance/wgi/index.aspx#reports>

Berteloot, T. (2018, Diciembre 7). *Julie : « On commence tous les mois avec un découvert de 500 euros chacun »*. Recuperado de: https://www.liberation.fr/france/2018/12/07/julie-on-commence-tous-les-mois-avec-un-decouvert-de-500-euros-chacun_1696746

Boulo, F. [Le Média]. (2019, Marzo 21). *Gilets Jaunes : Comment Résister ? – Vraiment Politique* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://youtube/yaE3WSYOMqQ>

Calonge, F. (2017). Gobernanza neoliberal. Retos para el ordenamiento de las movilidades urbanas. *Revista de Transporte y Territorio*, (16), pp. 184-200.

Dannreuther, C. & Lekhi R. (2000). Globalization and the Political Economy of Risk. *Review of International Political Economy*,

7 (4). UK: University of Leeds.

Dos Santos, B. [CLACSO TV]. (2018, Noviembre 20). *Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=yTmi8NAAu40>

Dos Santos, B. [ContraHegemonías]. (2018, Agosto 16). Enrique Dussel: *El Movimiento del 68 y América Latina* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=LMbOXPYBifs>

Escalante, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México, 2015.

Espíndola Mata, J. (2016). Sobre Fernando Escalante, Historia mínima del neoliberalismo. *Historia Mexicana*, 66 (2), pp. 997-983.

Fernández, Cristina [CLACSO TV]. (2018, Noviembre 19). *Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=b2sYwFFb-JM&t=4025s>

Gilets Jaunes: Des clés por comprendre (2018). Francia: Éditions Syllepse.

Harvey, D. (2007). *Breve Historia del neoliberalismo*. España: Ediciones Akal.

Harvey, D. (2016). *Neoliberalism Is a Political Project*, *Jacobin Magazine* [entrevista]. Recuperado de : <https://www.jacobinmag.com/2016/07/david-harvey-neoliberalism-capitalism-labor-crisis-resistance/>

Hirst, P. & Thompson, G. (1996). *Globalization in Question: The International Economy and the Possibilities of Governance*. UK: Polity Press.

Ibáñez, T. (2012). La Gobernanza: pieza clave del neoliberalismo avanzado. *Libre Pensamiento*, (73), pp. 32-41.

Jocard, A. (2019, Marzo 21). *Gilets jaunes. C'est quoi les PMC, ces marqueurs chimiques qui vont permettre d'identifier les casseurs ?* Recuperado de: <https://www.ouest-france.fr/societe/gilets-jaunes/gilets-jaunes-c-est-quoi-les-pmc-ces-produits-codes-qui-vont-marquer-les-manifestants-6273201>

L'Obs & AFP (2019, Marzo 20). *Gran Débat : 86% des Français pour un changement de politique économique et sociale.* Recuperado de: <https://www.nouvelobs.com/politique/20190320.OBS2087/grand-debat-86-des-francais-pour-un-changement-de-politique-economique-et-sociale.html>

Laïdi, Z. (2005). *A world without meaning. The crisis of meaning in international politics.* London: Taylor & Francis e-Library.

Le Monde (2018). *Les jours qui ébranlèrent la France.* Paris: Le Monde Hors-Série.

Maniglier, P. (2019, 20 de Febrero). *Gilets jaunes : Le premier mouvement depuis Mai 68 à manifester un authentique potentiel révolutionnaire.* Recuperado de https://www.lemonde.fr/idees/article/2019/02/28/patrice-maniglier-une-insubordination-de-masse-des-gouvernes_5429245_3232.html

Marcuse, H. (1969). *Herbert Marcuse, Declaraciones en: La imaginación del poder.* Buenos Aires: Ediciones Insurrexit.

Moreno, J. D. (2001). *De la «gobernanza» o la constitución política de neoliberalismo.* Viento Sur, (57), pp. 99-108.

Naim, M. (2006). *Ílicito: cómo traficantes, contrabandistas y piratas están cambiando el mundo.* España: Debate.

Palombarini, S. & Chingo, J. (2019, 4 de marzo). *Gramsci, Gilet jaunes et perspectives pour une alternative au capitalisme néolibéral.* Recuperado de: <https://www.revolutionpermanente.fr/Gramsci-Gilets-jaunes-et-perspectives-pour-une-alternative-au-capitalisme-neoliberal>

Pudal, B. (2019, Marzo). *Une philosophie du mépris.* Recupera-

do de: <https://www.monde-diplomatique.fr/2019/03/PUDAL/59625>

Romero, W.A., Becerra D.F. (2018). Crisis del neoliberalismo: Gobernanza y desigualdad. *Revista Temas*, 3 (12), pp. 99-106.

Sader, E. & Gentili, P. (Eds.) (2003). *La trama del neoliberalismo: Mercado, crisis y exclusión social*. Argentina: CLACSO.

Wallerstein, I. (1999). *La crisis como transición en: Dinámica de la crisis global*. México: Siglo XXI Editores.

Wallerstein, I. (2003). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI Editores.

Wallerstein, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. España: Ediciones Akal.

Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. México: Siglo XXI Editores.